

Cinco minutos antes de la eternidad

Alejandra Mendé

Edición de lectura · Otras Literaturas

LA DESERCIÓN DEL INSTANTE

I LA DESERCIÓN DEL INSTANTE

Estamos en guerra. No porque un indolente nos haya puesto en la mira de un conflicto que no es nuestro, sino porque es nuestro en tanto la humanidad misma está bajo una mirada racista a la que se suma el riesgo de un conflicto termonuclear. Frente a esto, nada podemos hacer más que abrazar a la humanidad y valorar lo mínimo que encarna lo más auténtico del ser.

¿Qué significa esta escalada bélica para los pueblos? La guerra se desplaza del campo militar al campo biopolítico. Son tiempos de precarización. Cuando Foucault habla de la matriz de lo político en la guerra, invierte la proposición clásica de Clausewitz. La mirada de Clausewitz, la guerra como continuación de la política por otros medios, es sostenida por Foucault a la inversa, dónde la política es la guerra continuada por otros medios.

Así, Foucault, desarrolla la idea de que el poder político no surge de un contrato original que pone fin a la guerra, sino que nace en la guerra y la perpetúa bajo formas aparentemente pacíficas. El poder es "el orden de la guerra desplegado en términos de coerción civil".¹ Y entonces las decisiones de quienes gobiernan - más allá del grado de locura de los gobiernos- terminan siendo funcionales a la extinción de las personas..

Para Foucault, la biopolítica es el mecanismo por el cual el poder se ocupa de la vida de la población (natalidad, morbilidad, longevidad, salud, hábitat) La guerra, en este marco, adquiere una nueva función: ya no solo la confrontación entre Estados, sino la gestión de la vida y la muerte en términos de "racismo de Estado".

“La función del racismo es fragmentar, establecer cortes en el campo biológico que es el dominio de la biopolítica (...) Hacer vivir y dejar morir: el racismo es lo que permite establecer una relación del tipo guerra: “si quieres vivir, es preciso que mueran” 2

Los ataques sistemáticos a ciertos colectivos, como por ejemplo: el desfinanciamiento por parte del Estado a sectores vulnerables (discapacidad, tercera edad, infancias) aumenta los límites de la biopolítica para convertirse en necropolítica, básicamente, la política de la muerte.

“La expresión necropolítica, designa las formas contemporáneas que toman la subyugación de la vida al poder de la muerte. La guerra entendida como la suspensión de la diferencia ontológica, entre el enemigo y el combatiente, entre el combatiente y el civil, entre la vida y la muerte, se transforma en el fundamento de una nueva forma de soberanía” 3

De esta forma la guerra no requiere necesariamente de un conflicto armado formal, alcanza con la muerte de ciertas poblaciones. Y, cuando se desplaza del militar a la biopolítica, es simplemente, su versión más letal.

La precariedad de la vida de los pueblos, ya es la guerra sin artificios, silenciosa y permanente.. Basta ver en nuestra actualidad, como la clase media (clase trabajadora) y los sectores vulnerables, carecen de los medios para cubrir necesidades básicas como salud, vivienda, educación. Sumado a esto observamos cómo ocupa sus días en dos o tres trabajos para llegar a fin de mes. Esto nos muestra la sustracción del tiempo que sufre la población. El tiempo cronometrado y el tiempo subjetivo, están desbalanceados en esta guerra silenciosa. El exterminio es paulatino y desolador. Sin embargo, como dice Kristeva:

“Hay una revolución posible: la del tiempo íntimo. Contra el tiempo del sentimiento, como el tiempo que se mide, que se factura, que se convierte en mercancía. El tiempo íntimo es el que no se deja atrapar.” 4

La mediocridad y el desatino de los gobernantes y la voracidad del poder económico que concentra el capital en muy pocas manos, deprimen a los pueblos, ejercen sobre ellos una coerción sistemática, empujando a las personas a una positividad de autoexplotación y rendimiento permanente.

“La gran victoria del neoliberalismo, ha sido la construcción de un nuevo sujeto, aislado de su contexto, que asume su libertad de manera radical. Esa libertad aparece bajo el concepto de “se tu propio jefe”. Ser jefe de uno mismo implica considerarse responsable de todo éxito y fracaso, y ser a la vez, sujeto y objeto de la explotación. Esta interiorización del imperativo de ser productivo para sumir al sujeto en una explotación sin límites.” 5

Pero la precarización tiene muchas caras. Una de ellas se llama cansancio, y tiene uniforme. Una enfermera no sabe de revoluciones. Sabe que hace horas que no se siente. Sabe que sus pies duelen dentro de los zuecos de goma. Sabe que el reloj marcó las cuatro hace rato pero el turno empezó a las siete y todavía no termina. En el pasillo del hospital, entre el carro de medicamentos y la silla de plástico, se toma un minuto que no está en ningún registro. No es su hora. Saca del bolsillo —el derecho, el que está más cerca del corazón— un paquete de galletitas de arroz. Las abre con el gesto de quien conoce la resistencia del papel aluminio. Se sienta. Mira la pared blanca. No hay nada en esa pared. Ese blanco que en otros momentos sería desolación, ahora es tregua. Mastica despacio. Sus pies, dentro de los zuecos, se aflojan. El

talón se separa del piso. Ese espacio minúsculo entre el talón y el suelo es suyo. La pared en blanco también es suya: sin las sombras, sin los ruidos de lo abyecto, puro vacío de sí en sí. Kristeva dice que el poder no solo roba recursos: roba tiempo. Sobre todo roba el tiempo que no rinde, el que no se mide, el que no se puede facturar.

Detenerse —aunque sea un minuto, aunque sea en una silla de plástico frente a una pared blanca— es un acto. No grandilocuente. No heroico. Pero humano. Describir este minuto —el que ella se toma, el que todos nos tomamos alguna vez en medio del ruido— es confrontar nuestra humanidad con el poder que nos cosifica. Porque el poder quiere que seamos funciones: enfermera, empleada, ciudadana, consumidora. Quiere que nuestro tiempo sea productivo o no sea.

La enfermera, al sentarse, no solo se toma un descanso: se toma un parate. Deja de ser función. Deja, también, por un instante, la solidaridad con el dolor del otro —esa demanda infinita que nunca se apaga en un hospital— para volver sobre sí. No es egoísmo. Es condición de posibilidad para seguir siendo humana.

Ese parate, ese minuto que no rinde, que no se explica, que parece un sinsentido dentro de la lógica de la productividad, es en realidad el nuevo sentido: la revuelta ya no es la barricada ni el discurso encendido. Es la legitimación del tiempo propio, la certeza de que ese espacio entre el talón y el suelo, esa pared blanca sin sombras, nos pertenece. Y que nombrarlo, escribirlo, compartirlo, es devolverle a cada gesto humano su dignidad. Porque esos gestos —la enfermera que mastica despacio, la que levanta escombros, la que comparte la olla, la que escribe nombres en un cuaderno— son la humanidad que se despliega en medio de la guerra. No la

detienen, pero la habitan de otro modo. Y al habitarla, la desmienten.

Un conductor de aplicación tampoco sabe de revoluciones. Sabe que lleva seis horas con la espalda pegada al asiento. Sabe que el celular en el soporte sigue marcando “conectado” aunque sus ojos ya no enfocan. Sabe que la calificación bajó un décimo porque ayer un pasajero se quejó del olor a comida en el auto —ese olor de la vianda que come mientras espera un viaje, porque no hay otro momento. También él se promete una pausa, pero la aplicación parpadea: “zona de alta demanda”. Es su propio jefe, le dijo el tutorial cuando se inscribió. Pero el algoritmo mide sus silencios, penaliza sus demoras, lo convierte en un nudo de responsabilidades sin red. Hasta que un día, en medio de la noche, estaciona en una calle vacía, apaga el motor, cierra la aplicación. Saca del portavasos un termo con mate. Mira el parabrisas empañado como una pantalla que ya no muestra la ciudad, que se vuelve una superficie neutra. No hay nadie. Sus manos, libres del volante, descansan sobre los muslos. Ese minuto no está registrado. No tiene pasajero, no tiene destino, no tiene puntuación. Es suyo. También él, por un instante, deja de ser función.

Esta guerra silenciosa —la que no declara pero mata, la que roba tiempo, la que convierte vidas en funciones descartables— no es un destino. Es un diseño. Tiene nombres: políticas de desfinanciamiento, racismo de Estado, algoritmos que penalizan la pausa, gobiernos que miden la vida en ganancias. Tiene una lógica: la del poder que, como dijo Foucault, nace en la guerra y la perpetúa bajo formas aparentemente pacíficas. Tiene un dispositivo: la autoexplotación que, como señala Han, nos hace creer que ser nuestro propio jefe es libertad cuando es la forma

más eficaz de expropiarnos el tiempo. Frente a eso, un minuto robado al cronómetro no es una victoria. Pero es una deserción. Y cada deserción —la enfermera que se sienta, el conductor que cierra la app, la mano que escribe este gesto para que no quede en el olvido— es una pequeña interrupción en el engranaje. La guerra no cesa. Pero, por un instante, deja de ser el único relato. Para quien lo necesite: ese minuto también es tuyo. Ese parate, ese vacío de sí en sí, esa pequeña revuelta silenciosa.

Fuentes

*1 Foucault Michel. Hay que defender la sociedad. Curso del College de France (1975-1976)- Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001 (Lección 7 de enero de 1976, pp.25-32)

2 Foucault Michel, idem 1, 17 de marzo de 1976. Referencia complementaria: Foucault Michel . Nacimiento de la biopolítica. Curso del College de France (1978-1979) Trad Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 2007.

*3 Mbembe Achille, Necropolítica. Publicado originalmente como "Necropolitics" en Public Culture 15, n°1 (2003) 11-40 trad. Elisabeth Falomir Archambault. Madrid: Melusina, 2011/ Barcelona - Taurus 2020.

*4 Kristeva Julia. Esta cita circula en entrevistas y antologías, aunque no pertenece a una obra mayor sistemática. Aparece en contextos donde Kristeva vincula la "revolución poética" (de la que habla en La revolución del lenguaje poético, 1974) con la experiencia cotidiana de resistencia temporal. La revolución del lenguaje poético. 1974. Trad. Ana Elena Lemaire. Barcelona - Editorial Seix Barral 1981./ Allí desarrolla la noción de tiempo lógico

y tiempo cronológico, y la subversión del sujeto a través del lenguaje.

Kristeva J- El tiempo de las mujeres. Conferencia de 1979. Publicada en Tiempo y memoria. Madrid. Editorial Trotta, 2001.

Kristeva J. Contra la depresión nacional. Entrevistas. 1998, dónde habla de la precarización del tiempo en el trabajo de cuidado.

*5 Han, Byung-Chl. Vida contemplativa. Elogio de la inactividad. 2023. Trad. Joaquín Chamorro Mielke. Barcelona. Herder, 2024

II DE LA DESERCIÓN DEL INSTANTE, AL TIEMPO COMPARTIDO

El espíritu de la esperanza

La deserción del instante no es una salida. Es una entrada: la pausa que nos devuelve a nosotros mismos es también la que nos abre al otro. Porque en ese minuto que no está en ningún registro, en ese vacío de sí en sí, algo se detiene pero también algo se prepara. La guerra, como diseño, sigue su curso; pero quienes la habitan de otro modo empiezan a tejer, sin saberlo, una trama que la guerra no puede capturar.

¿Qué hacer con el minuto robado? ¿Se queda en lo individual o se vuelve germen?

Byung-Chul Han, en El espíritu de la esperanza, da un giro inesperado. Después de años de diseccionar la sociedad del cansancio, la autoexplotación y la violencia de la positividad, emprende una "superación hacia una alentadora visión del hombre".

<w:tab w:val="clear" w:pos="1134"/><w:tab w:val="left" w:pos="709" w:leader="none"/></w:tabs><w:bidi w:val="0"/><w:ind w:hanging="283" w:start="709"/><w:rPr></w:rPr></w:pPr><w:r><w:rPr></w:rPr><w:xml:space="preserve">* No se trata de un optimismo ingenuo, sino de un temple anímico que nos eleva por encima de lo ya dado, de lo que ya existe.

Han distingue la esperanza del optimismo y del pesimismo. El optimista no necesita razonar su actitud; la esperanza, en cambio, no se da como algo obvio. Nace. Muchas veces hay que suscitarla y concitarla expresamente.

A diferencia del optimismo, falto de toda resolución, la esperanza activa se caracteriza por su entusiasmo. El optimista no arriesga nada. En cambio, quien tiene esperanza confía, se atreve a elegir a pesar de la amenazante posibilidad de la catástrofe.

El filósofo surcoreano critica así el culto a lo que él llama "la positividad": esa forma de ser en la cual el individuo está solo concentrado en su propio éxito, en mostrar siempre a los demás que tiene todo bajo control, que es exitoso, que no necesita de nadie para lograrlo.

La positividad aísla a las personas, las vuelve egoístas y suprime la empatía, porque a las personas ya no les interesa el sufrimiento ajeno. Cada uno se ocupa solo de sí mismo, de su felicidad, de su propio bienestar.

La esperanza, por el contrario, no le da la espalda a las negatividades de la vida. Las tiene presentes. Además, no aísla a las personas, sino que las vincula y reconcilia. Quien tiene esperanza está camino del otro. Cuando uno tiene esperanza,

confía en algo que lo trasciende. En eso la esperanza se parece a la fe.

Para Han, la esperanza es una respuesta ante la pasividad, el nihilismo y la abulia que tantas veces devienen al enfrentar una situación o un mundo en crisis. También puede ser una medicina ante la parálisis y el miedo que nos causa vivir en una centuria en constante turbulencia. "La esperanza más íntima nace de la desesperación".

Cita a Václav Havel, el dramaturgo y presidente checo que resistió al totalitarismo: "Cuanto más adversa sea la situación en la que conservamos nuestra esperanza, tanto más profunda será esta. La esperanza no es optimismo. No es el convencimiento de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, al margen de cómo salga luego".

Gabriel Marcel, otro de sus interlocutores, condensa esta apertura al otro en una frase que Han convierte en eje: "Pensando en nosotros, he puesto mis esperanzas en ti". Concentra esa apertura al futuro, a las posibilidades no nacidas y a la participación en ese alumbramiento. El sujeto de la esperanza es un nosotros.

Las miradas se reencuentran cuando una enfermera vuelve al pasillo después de su minuto frente a la pared blanca. Sus pies aún duelen, pero el talón guarda la memoria de haberse separado del suelo. Al pasar junto al carro de medicamentos, se cruza con otra enfermera —la del turno noche, la que también tiene los ojos hundidos— y, sin palabras, le ofrece el paquete de galletitas de arroz. La otra toma una, mastica sin apuro. No hay tiempo para más, pero el gesto queda: un cuerpo que reconoce a otro cuerpo en la misma fatiga. Una esperanza que nace no del optimismo, sino de la fatiga compartida.

Esa noche, en la sala de descanso, alguien ha pegado en la pared una hoja con letra manuscrita: "¿Te tomaste tu minuto hoy?". Nadie sabe quién la puso. Pero varios la miran antes de salir al pasillo. Ese papel, ese gesto anónimo, es una pequeña interrupción en el engranaje. Es también una forma de la esperanza: la certeza de que ese minuto no es sólo tuyo, que puede ser preguntado, compartido, extendido. Como escribe Han: "La esperanza no aísla a las personas, sino que las vincula y reconcilia".

El conductor, después de apagar la aplicación y dejar que el parabrisas se empañe, escribe en su celular —no en la app, en el bloc de notas— un mensaje breve: "Hoy a las 3 de la mañana me detuve. Cerré la app. Tomé mate mirando la nada. Lo necesitaba. ¿Y vos?". Lo publica en un grupo de conductores que comparten rutas y quejas. A la mañana siguiente, cuando vuelve a conectar el auto, ve diecisiete respuestas. Algunas son solo un pulgar arriba. Otras cuentan su propio minuto: un termo compartido en la parada de taxis, la radio apagada durante un viaje, la ventanilla baja para sentir el aire. Diecisiete personas que, en medio de la noche, han sabido detenerse.

Ninguno de esos gestos detiene la guerra. Pero empiezan a trazar otra geografía. Porque, como dice Han, "la esperanza nos permite actuar aunque haya cosas que no sepamos. Si lo supiéramos todo, no haría falta confiar". Y esa confianza no es ciega: sabe de la negatividad, de la fatiga, del diseño de guerra. Pero elige, a pesar de todo, el gesto que vincula.

¿Qué es la victoria del bien, si no la certeza de que la guerra no es el único relato posible? No se trata de un triunfo épico sobre el mal —esa es la imaginación del poder. Se trata de algo más humilde y más radical: la persistencia de lo humano en el corazón de la

precariedad. La enfermera que comparte la galletita, el conductor que escribe el mensaje, la mano que pega la hoja en la sala de descanso: todos ellos están haciendo algo que el diseño de guerra no puede prever. Están creando grietas por donde vuelve a circular lo que el poder quiere hacer desaparecer: el cuidado, el reconocimiento, la certeza de que no estamos solos.

Han nos recuerda que la esperanza es contraria al miedo y a la angustia; estas "tienen cerradas las puertas al futuro como ámbito de posibilidades, no son previsoras ni tampoco visionarias". En cambio, la esperanza nos da una óptica del futuro, nos abre las puertas a lo que aún no nace, a lo que podría nacer, a lo que aún se está gestando. Es una fuerza que rompe con las cadenas del conformismo y nos invita a explorar horizontes de posibilidad.

No es un salto al vacío ni una espera pasiva de lo inalcanzable; es una forma activa de existencia que otorga dirección y sentido. La esperanza, para Han, no consiste en esperar lo imposible de manera irrealista, sino en abrirse a lo posible desde una mirada audaz que transforma la desesperación en una fuerza de creación.

La victoria del bien, entonces, no es un final. Es un proceso. Es cada minuto que se toma una enfermera, cada conductor que cierra la app, cada hoja pegada en una pared, cada mensaje que encuentra respuesta. Es la deserción del instante que, al multiplicarse, deja de ser fuga y se vuelve territorio compartido. Es la esperanza que, como escribe Han, "nos hace perseverar a pesar de todos los males del mundo".

No sabemos si eso bastará. Pero sabemos que sin eso no hay nada. Y que nombrarlo, escribirlo, compartirlo, es ya una forma de victoria: la guerra no cesa, pero ha perdido el monopolio del sentido. Porque, en palabras de Havel que Han hace suyas, la